

# LOS PODERES LOCALES EN EL PENSAMIENTO LIBERTARIO CONTEMPORÁNEO

Domingo Garí Hayek

## RESUMEN

¿Qué acentúa la crisis de la forma Estado? La definitiva ruptura del contrato social de postguerra. La crisis del *Welfare State* que ha terminado convirtiendo a la democracia representativa en un sistema obsoleto.

PALABRAS CLAVE: Estado, democracia, contrato-social, liberal, socialista.

## ABSTRACT

What does this accentuation of the crisis-state form comprise, specifically? It means, above all, a definitive point of rupture with any possible social contract. for planned development. It means that democracy (as it was understood in the good old days, as a contractual regime - whether in its liberal or socialist forms) becomes obsolete.

KEY WORDS: State, democracy, social-contract, liberal, socialist.

## 1. ANTECEDENTES HISTÓRICOS

En la tradición del pensamiento radical elaborado en el Estado español las dos versiones más representativas en el plano de la historia —el anarquismo y el socialismo— han tenido en cuenta la proyección democrática de los ámbitos locales. A este respecto las experiencias comunalistas en Aragón durante el transcurso de la Guerra Civil pusieron de manifiesto la convicción que profesaban anarquistas y socialistas. «La Guerra Civil dio lugar en la zona republicana a dos experiencias organizativas basadas en los presupuestos comunalistas y municipalistas. Por un lado, se formaron comunas con participación conjunta en bastantes lugares de la UGT y la CNT, que en Aragón llegaron a organizarse en una especie de organismo confederal denominado ‘Consejo de Aragón’. Por el otro, es preciso destacar el ‘Decret de Municipalització de la Propietat Urbana’ de la Generalitat el 11-VI-1937. La implantación de estos nuevos esquemas apuntaba hacia la disolución del Estado liberal unitario y con él de su modelo territorial. El paradigma liberal uniformista había sido roto y se estaba imponiendo el criterio colectivo sobre el privado, el regional y local sobre el unitario y provincial. Parecía que el paradigma territorial liberal estaba siendo definitivamente desplazado»<sup>1</sup>. De justicia es reconocer que en este plano la apuesta de la CNT tiene



mayor alcance que la del sindicato socialista, que si bien confluye con aquél en momentos coyunturales durante el transcurso de la guerra, su preocupación teórica, doctrinal y estratégica sobre el asunto es mucho menor. El municipalismo y el comunalismo están asentados en unos presupuestos antiestatales en el plano institucional, y en la igualdad social y autonomía absoluta en el terreno social, de ahí que su fuente principal deba buscarse en la teoría y en la práctica del anarquismo.

Desde la constitución de la Asociación Internacional del Trabajo (AIT) la sección española estuvo representada por la corriente anarquista y éstos arbitraron la organización por corporaciones, federando las secciones de oficios de las distintas localidades para a partir de ella establecer la federación local como célula base y fundamental de las federaciones regionales, nacionales e internacionales.

Movidos por la profunda desconfianza que les generan las distintas instancias institucionales, y aun a costa de ser acusados de apolíticos, la sección de la *Internacional* en España resuelve recomendar «a todas las secciones de la Asociación Internacional de Trabajadores que renuncien a toda acción corporativa que tenga por objeto efectuar la transformación social por medio de las reformas políticas nacionales, y las invita a emplear toda su actividad en la constitución federativa de los cuerpos de oficio, único medio de asegurar el éxito de la revolución social»<sup>2</sup>. Certera forma de garantizar la quiebra de la autoridad y de los privilegios que la «organización de la explotación del capital» lleva a cabo favorecida por «el gobierno o estado político»<sup>3</sup>. Para entonces la influencia del *bakuninismo* en la sección española de la AIT es considerable. El origen de esta reflexión descansa en la consideración de que la participación obrera en las instituciones burguesas o bien es absorbida e integrada en su lógica, o por otra parte su escaso número y fuerza torna inútil la actividad que puedan desempeñar, al mismo tiempo que desaparecería su carácter funcional si lograsen una representación mayoritaria, porque entonces aquí ya no cabría más demora para la realización de la revolución social.

La propuesta de los *internacionales* de la sección española —mayoritariamente en Cataluña— está situada en las antípodas del reformismo social, comenzado a esbozarse ya en los sectores socialistas de la *Internacional* y finalmente teorizado por Engels y Kaustky a la muerte de Marx. «Si de algo no cabe absolutamente ninguna duda es que nuestro partido y la clase obrera pueden llegar al poder sólo bajo una forma política como la república democrática. Esta última es, incluso, la forma específica para la dictadura del proletariado, como ya lo ha demostrado la gran Revolución francesa»<sup>4</sup>. Para los bakuninistas españoles la demolición del edificio es

---

<sup>1</sup> NADAL, Francesc, «Poder municipal y espacio urbano en la configuración territorial del Estado liberal español (1812-1975), en *Geocrítica*, núm. 37, Barcelona, 1982.

<sup>2</sup> Actas del Congreso de la AIT celebrado en Barcelona en 1870, citado del libro de Termes, Josep, *Anarquismo y sindicalismo en España (1864-1881)*, Crítica, Barcelona, 2000 [1977], p. 94.

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> ENGELS, F., «Para la crítica del proyecto del programa socialdemócrata de 1891», citado en Marx y Engels, *El libro rojo y negro*, Júcar, Madrid, 1976, p. 63.

<sup>5</sup> TERMES, J. *op. cit.*, p. 104.

la primera tarea a emprender: «¿saben los internacionales lo que deben hacer cuando van al municipio? El deber que tienen es destruir al municipio»<sup>5</sup>. En la misma medida cuando se encuentra en las Cortes debe destruirlas para no convertirse en un instrumento autoritario: «debe abolir al estado y si no puede abolirlo, no puede ni debe ir a las Cortes. Si nosotros, que no aceptamos este actual orden de cosas y deseamos destruirlo, ¿cómo es posible ocupar los puestos de la cosa que queremos destruir?»<sup>6</sup>. Esta lógica inentendible para el liberalismo de la época y para el comunismo posterior no es, sin embargo, la negación de la política. Es, sí, la negación de un cierto tipo de política, pero frente a él hay otra lógica, «hacer política obrera» para que pueda triunfar «la Libre Federación de las Libres Asociaciones Obreras»<sup>7</sup>. Esta posición es mayoritaria pero no unánime. Otras voces expresaban la oportunidad y la conveniencia de la participación en las instituciones del Estado, argumentando que la posición de los «apolíticos» era teórica y utópica y que la «práctica enseñaba la necesidad de defender al partido, o al gobierno, que más garantías democráticas ofreciese»<sup>8</sup>.

En marzo del año siguiente —1871— se proclamó en París la Comuna, adoptando la fórmula de un gobierno municipal autónomo. Inmediatamente, la experiencia parisina se convirtió en el tema de reflexión y preocupación de los miembros de la *Internacional* en España, llevándolos a defender, consecuentemente, esta revolución obrera de la capital de Francia.

En 1873 se proclama la I República en España y a finales de mayo se celebran las elecciones para elegir los diputados a las Cortes constituyentes. Por primera vez las discusiones sobre la conveniencia de la participación política, que habían tenido lugar en el seno de la *Internacional* —sección española—, cobrarán todo su sentido en el calor de la contienda electoral. Y nuevamente se reproducen los argumentos a favor y en contra de la participación. Los sectores dominados por los anarquistas proclives a la insurrección, jaleados por la masa convocada a una manifestación para protestar por la condena a muerte a la que son sentenciados los soldados que habían ejecutado a un teniente coronel en Sagunto, propusieron «la proclamación de la independencia del Estado de Cataluña y la [...] creación de un Comité de Salud Pública, al grito de ¡viva la República social y el municipio comunalista!»<sup>9</sup>. Los Comité de Salud Pública terminaron siendo uno de los embriones del movimiento cantonalista que se desarrolló en la fase final de la I República. Pero el movimiento cantonalista no era uniforme ni tenía un proyecto estratégico único. Tampoco las motivaciones de los cantonales eran coincidentes en todas partes. Hubo cantones de proyección federalista, liberal, y otros anarquistas. La indefinición de muchos cantones y de sus dirigentes motivó su derrota al fomentar comportamientos indecisos frente al problema de la eliminación de los órganos del Estado. La

---

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> *Ibid.*

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 111.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 204.



*Internacional* como tal no participa en el movimiento cantonal, pero muchos de sus afiliados sí. Para estos el fracaso del movimiento cantonalista se explica porque «No basta en revolución decir ¡viva la federal!, sino practicar la federación revolucionaria, destruir todo gobierno; organizar el trabajo y destruir de hecho los privilegios y monopolios del capital»<sup>10</sup>. La historia del cantón de Alcoy es la que ha llegado hasta nosotros como la verdadera experiencia obrera de gestión autónoma del municipio. En las demás, Cartagena, Valencia, Sevilla, Granada, etc., han sido «los jefes civiles o militares los que han intentado explotar por ambición personal la idea de autonomía de un cantón o municipio»<sup>11</sup>.

Una vez derrotada la I República e iniciado el proceso de la restauración borbónica tras el golpe de estado de Pavía, las organizaciones obreras pasan a la clandestinidad, para continuar desde esas nuevas y más difíciles condiciones alentando al proletariado a proseguir en su línea insurreccional desde el ámbito local, tal y como queda recogido en la obra de Anselmo Lorenzo *El proletariado militante*. «1) Las localidades en que los internacionales puedan dominar, una vez iniciado el movimiento insurreccional, se declararán libres e independientes y desligadas del lazo nacional. 2) Inmediatamente declarará cada una de ellas que todo lo que se encierra dentro de sus límites pertenece a la misma y nada a ningún individuo, exceptuando únicamente los muebles y ropas de uso particular. 3) También inmediatamente enviarán delegados de todas las federaciones o localidades a la de más importancia que en cada comarca esté sublevada para constituir la federación de urgencia de todas las federaciones y comarcas sublevadas... 9) Decretarán inmediatamente la disolución de todos los organismos que constituyen el estado actual».

La lógica democrática que anima el discurso comunalista y de reivindicación de todo el poder al municipio es irreprochable y difícilmente cuestionable desde una preocupación por el fomento de la participación y de la democracia directa, tanto en 1870 como en 2000. Hay dos ejes centrales en este discurso. El primero aboga por la participación continua de los ciudadanos en las labores de la política. El segundo precisa la posibilidad de la revocación de los cargos electos y de su sometimiento a la voluntad de la comunidad. Podríamos decir que en esto antecede la propuesta de los *zapatistas* actuales del *mandar obedeciendo*. «El municipio es un baluarte que debe poner una valla a las invasiones de atribuciones de otros poderes más o menos centrales, y ha de ser la garantía de que todo el pueblo no ha de verse burlado en sus justas y legítimas aspiraciones porque pudiendo fiscalizar de cerca los actos de sus delegados o representantes en el municipio, por poderlos observar, ver y oír cada día, y contando y ejerciendo, como debe ejercer, el sufragio universal permanente, el día que cualquiera de sus representantes no ajuste su conducta a la voluntad de sus electores, éstos podrán sustituirle inmediatamente por otro»<sup>12</sup>.

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 227.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 228.

<sup>12</sup> Proclama de la AIT de Barcelona del 11 de junio de 1873, reproducida en Termes, Josep: *op. cit.*, p. 377.

El segundo periodo democrático que se vive en el Estado español es el abierto tras la proclamación de la II República, el 14 de abril de 1931. Para entonces, el anarcosindicalismo y el anarquismo, representados mayoritariamente por la CNT y la FAI, han elaborado un cuerpo doctrinal sobre la cuestión del municipalismo libertario. Las experiencias colectivistas en Aragón y Cataluña entre julio de 1936 y mayo de 1937 son las expresiones más avanzadas de las propuestas libertarias. La única revolución en marcha en esas fechas era la impulsada por el POUM y la CNT-FAI, y no el peligro comunista que aducían los sublevados en julio de 1936. La revolución en España era de contenido libertario y no comunista, o no por lo menos del tipo de comunismo que representaba el PCE y el PSUC, partidos ambos que jugaron un papel decisivo para derrotar el avance de la propuesta comunalista.

Para los anarquistas españoles de los años treinta la preocupación sobre los ámbitos locales de decisión no está separada de la crítica al localismo económico. De tal forma que su apuesta por introducir los elementos positivos que el desarrollo de las fuerzas productivas y los medios de producción han hecho posible, los aleja de la visión que de ellos se ha dado de forma recurrente, al acusarlos de querer volver a las formas primitivas de organización social. Nada más alejado de la realidad. «Hay algo que está definitivamente superado como principio dominante: el localismo económico. La economía actual no cabe en límites nacionales y mucho menos en los locales; por consiguiente, en economía no puede haber particularismos (el productor raramente conoce al consumidor) sino coordinación. Bakunin ha empleado palabras más duras, nos ha hablado de centralización»<sup>13</sup>.

El énfasis sobre el núcleo laboral como ámbito decisivo para la organización de la sociedad se encuentra en el centro de la reflexión anarquista para la propuesta del municipio libertario: «Formaremos así, con los diversos Consejos de ramos, un Consejo local de la economía»<sup>14</sup>. Pero el trabajo aquí debe entenderse liberado del capital. No es de trabajo asalariado de lo que se nos habla, sino de trabajo cooperativo, ya que en él y de él surge la creación de la vida. «No se ha descubierto otra fuente de riqueza que el trabajo; todo lo que nos maravilla, todo lo que constituye nuestra civilización, sale del esfuerzo humano, manual, intelectual y técnico. Nada se tiene por arte de magia, nada se produce por los milagros clásicos de la Biblia. Nada se hace por decretos del Estado o de municipios»<sup>15</sup>. La «revolución de los productores y los consumidores libres» —como son definidos los ciudadanos de la nueva sociedad a la que se aspira— está imbuida del entusiasmo *positivista* acerca de la técnica y de la ciencia. Todavía en Europa y en el mundo no se habían vivido los devastadores efectos del culto a la razón. Después de 1945 Auschwitz, Nagasaki e Hiroshima reconducen el pensamiento libertario hacia otros derroteros. Pero hasta entonces liberación y desarrollo de los medios de producción avanzan conjunta-

---

<sup>13</sup> ABAD DE SANTILLÁN, Diego, *El anarquismo y la revolución es España. Escritos 1930/38*, Ayuso, Madrid, 1977, p. 172.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 175.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 288.



mente. «La revolución que queremos no es para retroceder al pasado poético de los artesanos, y a la vida de los pastores en medio de sus rebaños con la ocarina en los labios, sino para avanzar; no es disminuir nuestras exigencias, sino para acrecentarlas y satisfacerlas. Para ello habrá que multiplicar las fábricas, los ferrocarriles, los medios de transporte y comunicaciones, las carreteras; habrá que multiplicar el aprovechamiento de las fuerzas naturales. Y todo ello se hará en el sentido del desenvolvimiento industrial, que llevaremos en pocos años a un nivel que no son capaces ni el capitalismo ni el Estado»<sup>16</sup>. Para los anarquistas de la época, por tanto, si lo político debe de basarse en la premisa de lo local, lo económico ha de tener una dimensión global, por lo menos en su escala nacional.

El municipio como institución vinculada a la democracia republicana se convierte así sólo en un momento necesario de la resistencia frente al Estado, pero no en la forma idónea de organización social una vez destruido éste. La nueva forma de comunitarismo debe estar asociada en su estructura básica a las agrupaciones que representen la diversidad del mundo del trabajo. Por lo demás el resto de las relaciones sociales se establecerán de manera espontánea tal y como decidan los interesados en cada momento y en cada lugar, incluyendo también la posibilidad del aislamiento individual en cualquier ámbito que no sea el productivo. La participación necesaria e impostergable está, por tanto, reducida al mundo laboral y no al lugar en el que se viva. «El lugar de residencia no implica una relación social y personal de vecino a vecino... Los habitantes buscarán sus relaciones de una manera multiforme, por afinidades, por temperamento, por gustos especiales, sin medir las distancias, y en lo económico se concentrarán, por oficios o labores, en los lugares de trabajo»<sup>17</sup>.

## 2. EL NUEVO LIBERTARISMO

Si el Estado ha configurado su poder por medio de la expropiación del poder a las comunidades, parece lógico rearmar a éstas en todas sus dimensiones como contrapunto de la hegemonía de aquél. La profesionalización de la actividad política ha derivado a lo largo de este siglo en la creación de una estructura de élites —que dirigen el Estado— y que se encuentran por encima y separados del resto de la ciudadanía.

Todos los partidos políticos tradicionales —conservadores, liberales, socialistas y comunistas— coinciden estratégicamente en la necesidad de fortalecer el Estado frente a la democracia de los de abajo. Las negociaciones llevadas a cabo entre estos partidos en el proceso conocido como transición a la democracia, en el caso español, fue un ejemplo evidente para la constatación de esta identidad estratégica (Pactos de la Moncloa, Constitución de 1978). Una vez asegurada la consolida-

---

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 293.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 335.

ción del nuevo estado entraron en juego los desacuerdos menores entre ellos, a la vez que cada uno de esos partidos se convertía en una réplica del propio estado. La certeza de la desaparición del *stalinismo* como lógica de poder estatal no ha conllevado su muerte como método de funcionamiento partidario, tanto a derecha como a izquierda.

Las asambleas populares, que entre 1976 y 1980 en Canarias se denominaron Comités Populares, fueron combatidas, sin excepción, por todos los partidos del *stabliment*. De esta manera se intentó y de hecho logró la asfixia del proyecto democrático, reconduciendo para ello a la ciudadanía hacia el exclusivo espacio de lo privado y fomentando y desacreditando intencionadamente el territorio de la política para de esta forma apropiárselo y luego de transformado en mera mercancía devolverlo como gracia concedida por el Estado. Más aún, después del golpe de febrero de 1981, como generoso presente del Jefe del Estado, tal cual nos lo cuentan los cronistas de la Corte.

Lo que se ha denominado homologación de «nuestra» democracia a la de los países del entorno, conlleva también la sustracción del poder ciudadano y su reducción al acto refrendario de elección de los representantes políticos. Y por otro lado a un creciente descreimiento del modelo democrático-parlamentario, puesto de manifiesto de forma reiterada por los altos índices de abstención en los procesos electorales, la baja participación en el asociacionismo político y por la baja estima y la alta desconfianza que genera el personal de la política profesional en el conjunto de la ciudadanía. Siguiendo a Murray Bookchin podemos sentenciar que la ciudadanía está aburrida del arte de gobernar y no necesariamente de la política en el sentido etimológico de ésta.

La democracia directa y el municipio como ámbito de ejecución de aquella pertenecen a la política y no al arte de gobernar. Ahora bien, si la democracia directa siempre ha estado en la agenda del movimiento libertario —y también del libertino—, el municipalismo ni es exclusivo del anarquismo ni siempre se le ha considerado el ámbito idóneo de la democracia directa. Recordemos al respecto las anotaciones que antes hicimos sobre Abad de Santillán. Sin embargo, aquí quiero darle el sentido y la importancia que le da Bookchin, que es radicalmente diferente al de Abad de Santillán. «No son el parentesco ni los lazos étnicos los que hacen posible los vínculos en una esfera pública. Tampoco lo es el lugar de trabajo, de donde las personas regresan después de ganarse diariamente el pan. Más bien es la proximidad residencial y los problemas e intereses compartidos que surgen en una comunidad concreta, problemas ambientales, educativos, los que constituyen los puntales de una vida cívica compartida. Los encuentros entre los miembros de una comunidad son, de este modo, los embriones del ámbito político. Los asuntos que los miembros de la comunidad tienen en común, en tanto que opuestos a los asuntos propios de sus vidas privadas, se convierten en temas de interés en el ámbito político»<sup>18</sup>.

---

<sup>18</sup> BOOKCHIN, Murray, *Las políticas de la ecología social. Municipalismo libertario*, Colectividad los Arenalejos, Virus, Fundación Salvador Seguí, Málaga, Barcelona, Madrid, 1998, pp. 61-62.





Ahora no es el centro de trabajo, el ámbito de la vida productiva, el territorio en el que es posible la organización y el despliegue de la democracia directa, tal y como era para los anarquistas españoles de los años treinta. La nueva configuración productiva, la atomización de las esferas de trabajo junto al desarrollo del trabajo inmaterial conllevan un desplazamiento del problema de la democracia hacia el territorio de la convivencia. En esta esfera «las personas pueden potencialmente transformarse de mónadas aisladas a ciudadanos que se reconocen entre sí... Es aquí donde pueden crear las instituciones políticas que conduzcan a una amplia participación comunitaria y la mantengan de forma continuada»<sup>19</sup>.

Algunos podrían alegar que la defensa de la municipalidad no concuerda con un ataque al Estado por ser aquélla una esfera administrativa de éste. Y si sólo nos llevásemos por la primera impresión, o por cómo hoy se dibuja el mapa administrativo del Estado, sin duda podríamos concluir también en ese razonamiento. Pero si ahondamos en la historia de ambos, en realidad podemos observar cómo proceden de realidades distintas, y cómo finalmente el fortalecimiento de uno —el Estado— se llevó a cabo sobre la derrota del otro —municipio, ciudad libre, polis, etc.—. En la historia española hay múltiples casos que demuestran las luchas encarnizadas entre estas dos esferas de poder. Baste citar las comunas de la revolución de 1936-37 contra el fascismo y la II República, el federalismo y las cantones del siglo pasado contra la I República, y la revuelta de los comuneros castellanos en 1520 frente a la monarquía. Por poner los tres ejemplos más relevantes y estudiados. Particularmente, para el asunto de que tratamos ahora, el último caso citado. La revuelta de los comuneros castellanos de 1520 se encuadra dentro del enfrentamiento encarnizado que mantiene el nuevo Estado con la democracia tradicional del campo castellano. El primer ataque que sufre la democracia municipal en Castilla lo llevaron a cabo los Reyes Católicos al sustituir al alcalde —de elección popular— por un corregidor nombrado por la Corona. El nuevo Estado pretende de esta forma profundizar el modelo absolutista que más tarde la casa de los Austria desarrolla plenamente. La sustitución del alcalde por el corregidor conllevó así mismo la desaparición del Consejo «de los seis hombres buenos» elegidos hasta entonces por los vecinos del municipio para que los representase en los casos de disputas y negociaciones con la Corona y los tribunales. Precisamente, una de las demandas de los comuneros insurrectos de 1520 era la vuelta del Consejo a su antiguo papel y la desaparición de la figura del corregidor y del entregador. La derrota del movimiento comunero en 1521 supuso el aplastamiento definitivo de la democracia municipal en España. A partir de entonces, «El dominio de la autocracia se hizo sentir cada vez más en las instituciones locales, que ya habían caído bajo la intervención real en el reinado precedente. En 1539, el Consejo Real decretó que era necesario su consentimiento como requisito para la promulgación de todas las Ordenanzas locales. Las antiguas reuniones de vecinos en los pueblos no eran ya más que una fórmula, desapareciendo del todo en algunos sitios; y la administración local se convirtió en una conferencia

---

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 62.



entre algunos funcionarios de la localidad y los representantes enviados desde el Palacio real con instrucciones sobre la conducta a seguir y la cantidad de dinero que había que recaudar»<sup>20</sup>.

En el origen de esta nueva política está sin duda la necesidad que tiene el Imperio de Carlos V de recaudar más impuestos para el mantenimiento de su política expansionista y de luchas de poder contra el papado y los príncipes alemanes defensores de las teorías luteranas y, en consecuencia, de la reforma protestante.

El propósito centralista se aceleró tras el levantamiento de las ciudades y los pueblos de Castilla y la derrota de éstos acarreó un doble objetivo, «la debilitación del prestigio de los pueblos y de la autonomía fiscal, y como corolario la perpetuación de un absolutismo centralizado».

Como parte del proceso de sustracción del poder al ciudadano, el Estado ha procurado una educación cívica y política infantilizadora, convirtiéndose él en un agente paternalista. En su versión totalitaria —fascista o comunista— y en la democrático-mediática el Estado no actúa apoyándose en las sensibilidades ciudadanas, sino solicitando de éstas el refrendo a sus actos, bien en forma de la adhesión o por medio de las elecciones.

La versión de izquierda del *stabliment* sigue aferrada a la defensa del estado-nación entendido como marco idóneo para la defensa de los intereses de los trabajadores, sin hacer el esfuerzo de querer comprender que tanto su propuesta como los sectores sociales en los que se apoyan, aun a pesar de seguir siendo una realidad social, han comenzado a transformarse en un espectro. «Parece fuera de duda que, frente a la mundialización, los partidos (y sobre todo los partidos del ex-movimiento obrero) hacen siempre llamamientos a la restauración del Estado-nación. En el mundo anglosajón esta posición siempre ha sido denunciada como ‘conservadurismo de izquierda’. Parece claro, en efecto, que tras las apelaciones al Estado-nación se repiten las jaculatorias corporativas sobre la defensa de una clase obrera industrial de fábrica que, aunque todavía existe, ya no es hegemónica en el proletariado productivo. Se baten, por consiguiente, (y de manera espectral), contra una movilidad y una flexibilidad que han impregnado ampliamente lo social y que caracterizan el nuevo proletariado urbano y productivo. El anacronismo en la defensa del Estado-nación no es sólo ‘ignorante’, ni sólo burocrático: es completamente reaccionario. Esto significa que no existe hoy otra posibilidad de lucha que la que se pone inmediatamente sobre el terreno de la totalidad de relaciones entre trabajadores del mundo. Vale decir que asume movilidad espacial y flexibilidad temporal como características principales de la fuerza de trabajo y que, por lo tanto, considera la producción de la riqueza como un régimen biopolítico»<sup>21</sup>.

---

<sup>20</sup> KLEIN, Julius, *La mesta*, Alianza Universidad, Madrid, 1981 [1919], p. 236. Para una lectura pormenorizada de la revuelta de los comuneros, ver el trabajo —clásico— de José Antonio MARAVALL, *Una primera revolución moderna: Las Comunidades de Castilla*.

<sup>21</sup> NEGRI, Toni, «Entrevista realizada por Santiago González y Manuel Fernández-Cuesta para Mundo Obrero», noviembre de 2000.





Las virtudes que podían ser reconocidas en el Estado del Bienestar —garantismo y asistencia— han desaparecido en el proceso de globalización. De ahí que el Estado en la actualidad pueda ser identificado perfectamente como un mecanismo de sustracción de las voluntades ciudadanas y no como la representación de ellas. Los ciudadanos han de dotarse, si pretender solucionar sus problemas, de organismos de representación directa. Han de tomar conciencia de su singularidad y de su dimensión social. Trayendo de nuevo a colación a Toni Negri y a su *Spinoza subversivo*, debemos decir que «el redescubrimiento de Spinoza, que debemos a Deleuze y a Matheron, nos permite vivir ‘este’ mundo, precisamente el del ‘fin de las ideologías’ y del ‘final de la historia’, como un mundo por reconstruir. Y nos demuestra que la consistencia ontológica de los individuos y de la multitud permite mirar al frente, a toda emergencia singular de vida como acto de resistencia y creación».

El acto mismo del reconocimiento de la potencialidad autónoma del individuo conlleva de hecho un cambio de las relaciones sociales y personales, en las que el aislamiento al que somete el Estado a los ciudadanos saltaría en mil pedazos. Hoy el trabajo productivo material e inmaterial, el trabajo social reconocido o no, se fundamenta en un alto grado de cooperación social, sólo que mediatizado por el Estado o las empresas multinacionales. De lo que se trata, entonces, es de destapar la máscara de la mitificación y comenzar a cooperar de forma autónoma entre los miembros del tejido social. Reciprocidad entre comunidad e individuo, sin intermediación y sin mando.

Es un proceso que sólo demanda una práctica que ya es en sí pedagógica y que desarrolla conocimientos útiles para la convivencia, para que el ciudadano armado de ellos pueda ejercer el poder que le corresponde en el espacio público, y para que también actúe con sentido de la responsabilidad y de la equidad en las decisiones a las que debe de hacer frente. «La ciudadanía se crea en el transcurso de la participación política, en medio de una plenitud de debate e interacción que genera conocimiento, preparación, experiencia y razón. En el proceso real de toma de decisiones, los ciudadanos se desarrollan como individuos y como seres políticos, de forma que los ciudadanos son el resultado de su propia actividad política»<sup>22</sup>.

En el plano de lo opuesto a una alternativa de democracia directa las sociedades urbanas se deslizan a velocidad apresurada hacia el infierno posible. Expropiación, desterritorialización, insostenibilidad como presencias recurrentes del espacio de convivencia en los marcos urbanos y como realidades externas a los cuerpos. Fragmentación y desaparición del cuerpo en el plano biológico. Nuestros cuerpos se han convertido también en terreno de lucha, «el territorio sobre el cual todo se juega. En este sentido la estrategia de control de la población que comenzó con la excusa del SIDA (exámenes obligatorios de sangre y orina, discriminación institucional) se ha ramificado hasta alcanzar el terreno más habitado y, precariamente defendido del consumo de drogas, estableciendo un estado de sitio que ha logrado

---

<sup>22</sup> BOOKCHIN, M., *op. cit.*, p. 97.



crear una guerra entre la población civil y la policía, redefiniendo violentamente los límites de lo público y lo privado. La batalla por establecer donde comienza y termina el cuerpo, se ha extendido [...] hasta el intercambio metonímico que permite a la euforia del sexo telefónico reemplazar el cuerpo por la voz»<sup>23</sup>.

La sociedad hipertecnológica en la que nos ha tocado desenvolvemos ha desplegado todos los mecanismos científicos y técnicos para hacer posible la igualdad y la libertad, pero a la vez ha puesto todos los recursos políticos precisos para que esto no ocurra. En la lógica del desarrollo «infinito» del capital globalizado no existe más rentabilidad que la económica y el resto de las esferas de la producción humana se ven sometidas a ella.

Para hacer posible la combinación de las múltiples facetas creativas y productivas de los hombres y mujeres debemos volver nuestra mirada hacia la poesía, como metáfora y como reflexión, para poder pensar y ver el mundo, también, desde el terreno de las percepciones. Tal y como decía William Blake en 1790: «Si las puertas de la percepción se limpiaran, todo aparecería a los hombres como realmente es: infinito.

Pues el hombre está confinado en sí mismo hasta ver todas las cosas a través de las estrechas rendijas de su caverna»<sup>24</sup>.

Abrirnos, pues, a las percepciones, fomentar nuevas formas de comunicación, que no dé información, para poder constituirnos en multitud. En la multitud de la que nos habla Spinosa y a la que Blake canta en su poema *La Revolución Francesa*. El viejo orden se viene abajo y la multitud avanza hacia Versalles. El absolutismo que parecía inmune a los vaivenes de la historia se quiebra ante el miedo y la incompreensión de sus beneficiarios. «Los nobles estrechan filas en torno al rey en las montañas desoladas por las que corre una helada ola de pesar.

Los rostros graves parecen cruzados por fuertes flejes y los vigorosos cuerpos, hechos de mármol / quemado en llamas de roja cólera. Durante un cuarto de hora / reina el aturdimiento.

Entonces el rey centelleó. Sus nobles le rodearon como nubes que / ahogan al sol de otros tiempos.

En medio de la tiniebla general, se puso de pie el rey, con el corazón llameante. Su aliento parece fuego devastador». Estas palabras brotaron de él:

Los nervios de mi ascendencia de cinco mil años tiemblan, sacudiendo / los cielos de Francia.

[...] ¡Ocultaos en lo profundo de la tierra! [...]

[...] Nuestra carne se ha corrompido y nos desvanecemos. No contamos / entre los vivos. Escondámonos ... Los prisioneros han destruido sus cubiles.

La anticipación visionaria del pensamiento expresado por medio de la poesía despliega toda su potencia en los dominios de la profecía, hoy llamada por la

---

<sup>23</sup> OLALQUIAGA, Celeste, *Megalópolis*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, 1991, p. 41.

<sup>24</sup> BLAKE, W., *Poesía completa*, Ediciones 29, Barcelona, 1980, p. 427.



tecnocracia, prospectiva. La crisis del pensamiento que hizo profesión de fe de la ciencia alcanzó su momento máximo de deslegitimación ante la ciudadanía en general tras el desvelamiento público de los campos de concentración después de la derrota nazi. Auschwitz es el símbolo y la metáfora de una alianza infernal: el poder y la ciencia. De forma magistral nos habla de ello Miguel Morey en su obra *Deseo de ser piel roja*: «Ahí esta Auschwitz, de nuevo —una vez más—. Y entonces no cabe decirte sino que no es verdad, que Auschwitz no es una fecha en el tiempo —que no le pertenece a la historia, que está aquí presente. Digan lo que digan todos cuantos pugnan por marchar uncidos a la carreta de la historia de los vencedores, no hay un después de Auschwitz, estamos aún en Auschwitz —en un Auschwitz que cubre hoy la tierra entera—. Y puede que mantengamos pese a todo el horror algo alejado de nosotros: en los suburbios, en las tierras del Tercer Mundo —pero no por ello el genocidio deja de ser lo que es, lo mismo de siempre—»<sup>25</sup>.

Un siglo antes, Arthur Rimbaud, en *Una temporada en el infierno*, ironizaba sobre el rumbo que el capitalismo le había impreso al planeta en los prolegómenos de la Segunda Revolución Industrial. «¡Oh! ¡La ciencia! Hemos puesto todo en entredicho. Para el cuerpo y para el alma, el viático, contamos con la medicina y la filosofía, los remedios caseros y las canciones populares arregladas. ¡Y los divertimentos de los príncipes y los juegos que ellos prohibían! ¡Geografía, cosmografía, mecánica, química!...

La ciencia, ¡la nueva nobleza! El progreso. ¡El mundo avanza! ¿Por qué entonces no habría de girar?».

El logro de una sociedad democrática en la que los ciudadanos tengan la primera y última palabra sobre todos los aspectos que conforman su vida y la de su comunidad es inviable si no nos libramos de la vieja ética del trabajo y del nuevo dogma del productivismo. «No por mucho producir / se amanece más temprano». Es posible técnicamente, y necesario políticamente, la ampliación del tiempo libre, del tiempo no sometido a la lógica productiva, para de esta forma crear las condiciones básicas de la participación política. Y en la misma medida es igualmente necesario el establecimiento de un salario básico garantizado para todos los ciudadanos, por el solo hecho de serlo. «Los vivos no necesitan / trabajar para vivir». No se puede pensar y actuar colectivamente cuando alguien está agobiado y preocupado por su sustento biológico y el de su entorno. De condiciones de miseria material, sólo se puede recoger miseria intelectual (y humana).

El pulso que el productivismo le está echando al ser humano (la sociedad del riesgo) y que se muestra de múltiples formas devastadoras —alimentación de dudosa calidad, cuando no directamente mortal, destrucción de recursos naturales insustituibles, contaminación de los mares y del espacio, y el largo etcétera que todos conocemos— debe ser reconducido por una ética de la vida. Hemos entrado en la era de la biopolítica, y para que ella sea una alternativa viable para todos es

---

<sup>25</sup> MOREY, Miguel, *Deseo de ser piel roja*, Barcelona, 1994, p. 31.

preciso poner a cada uno en su sitio. También a cada cosa. Por ello es necesario, como contrapunto a la globalización y al estatismo, municipalizar la economía. Esto significa que «la propiedad y la dirección de la economía *pase* a manos de los ciudadanos de la comunidad. La propiedad, incluyendo tanto la tierra como las industrias, ya no sería gestionada privadamente, sino que sería puesta bajo el completo control de los ciudadanos en sus asambleas. Los ciudadanos se convertirían en los ‘propietarios’ colectivos de los recursos económicos de su comunidad y formularían y aprobarían la política económica para la comunidad. Serían ellos, y no los burócratas o los capitalistas, los que tomarían las decisiones respecto a la vida económica»<sup>26</sup>. Ahora bien, esto implica entender que si lógicamente el desarrollo económico, técnico y científico tiene como primer objetivo garantizar condiciones de vida dignas al conjunto de la población, debe a la vez proteger a la naturaleza del ataque sin cuartel al que está sometida en la actualidad. Es posible el equilibrio entre ambas cosas. «Las ciudades —en efecto— / deberían haberlas construido / en medio del campo, / pero sin destruirlo»<sup>27</sup>.

Hoy en todo el mundo, como efecto de la economía globalizada, se han acentuado los problemas medioambientales hasta cotas difícilmente imaginables en el principio de la era capitalista. De hecho en el siglo XIX las teorías revolucionarias y el pensamiento emancipador no tuvo en cuenta la cuestión ecológica. Sólo los problemas derivados del enfrentamiento de clase centraban las preocupaciones de socialistas y anarquistas. Hasta la emergencia de los nuevos movimientos sociales en la década de los sesenta la cuestión de la ecología no pasó a estar en el orden del día en las sociedades industrializadas. Desde entonces y paulatinamente la ciudadanía ha ido tomando conciencia de la compleja relación que existe entre la economía y el medioambiente, de tal forma que todos los partidos políticos se ven obligados a colocar en sus agendas algún tipo de guiño *verde* como enganche electoral. Sin embargo, las tensiones ecológicas se agravan. Nos acercamos con paso firme hacia un mundo inhabitable. El productivismo capitalista globalizado ha comenzado a «diezmar las especies animales y vegetales y a trastornar las cadenas alimenticias. Pone venenos en los ecosistemas que duran siglos, e incluso milenios con los desechos radioactivos. Modifica la composición química de la naturaleza y, con ello, empieza a influenciar la evolución climática global. En último extremo, en un invierno nuclear, puede poner totalmente en peligro su futuro. Varios fenómenos adquieren dimensiones inquietantes:

- las rupturas de los procesos bioquímicos y ecológicos antiguos, ligados a la aceleración ininterrumpida de la deforestación agrícola e industrial, de la intensificación de las prácticas agrícolas y de una industrialización/urbanización poco económica en recursos;

---

<sup>26</sup> BOOKCHIN, *op. cit.*, pp. 126-127.

<sup>27</sup> LÓPEZ PACHECO, Jesús, *Ecólogos y urbanas*, Bassarai poesía, Zarautz, 1996.



– las perturbaciones climáticas: la distorsión y el desplazamiento de los equilibrios térmicos planetarios por acumulación atmosférica de gases con ‘efecto invernadero’ es una de las consecuencias más espectaculares del consumo de combustibles fósiles y de la destrucción acelerada de los bosques tropicales»<sup>28</sup>.

El imperio del valor de cambio, o lo que es lo mismo del valor de uso transformado en mercancía, se encuentra en el origen de este desencuentro entre el hombre y la naturaleza. Lo que se puede medir en tanto mercancía representa el mito de la realidad. «La representación económica del mundo es, pues, la de los flujos orientados de servicios y productos, compensada por los flujos financieros de sentido opuesto. Allí donde se detiene el flujo monetario se detiene el análisis económico; los productos de la actividad humana sólo figuran en el sistema económico porque existen en forma de mercancía; y desaparecen de él en cuanto pierden esta cualidad»<sup>29</sup>. Pero la actividad humana, incluida la económica, es mucho más que eso.

El productivismo capitalista —también el del socialismo de Estado— en la etapa de la segunda y la tercera revolución industrial conlleva procesos degenerativos irreversibles en la naturaleza y afecta a todos los sistemas vivos del planeta. El capitalismo globalizado se ha transformado en una amenaza para todos los ecosistemas del planeta. Y para todas las sociedades, independientemente de su nivel de desarrollo. Aunque en forma más cruda se manifiesta en los países del llamado Tercer Mundo, como por otra parte sucede en todos los órdenes de la vida, desde las diferentes formas de explotación —clasista, machista, infantil, etc.— hasta las diversas manifestaciones de la opresión política.

La vieja utopía del progresismo y del racionalismo, hijos, en primera instancia, del Renacimiento y del pensamiento ilustrado y en segunda de la ciencia y la tecnología, sentencia por boca de Bacon y de Descartes la identidad entre saber y poder, y la construcción a partir de ellos de un mundo asentado sobre los principios de la libertad, la igualdad y la fraternidad<sup>30</sup>. La evidencia muestra, sin embargo, que nada ha sido así. Que no existe la libertad, ni la igualdad ni la fraternidad, y que cada vez que las multitudes se han puesto en movimiento para ejecutar los planes de los ilustrados, las fuerzas reaccionarias han activado todo su potencial disponible para dinamitar esos procesos. Han contrapuesto su *termidor*. De tal manera que hoy es ya posible afirmar que la unión entre el saber y el poder de utopía transformadora ha devenido en maquinaria represiva y en alianza nefasta para el mantenimiento de la vida.

«La filosofía política moderna no nace de la administración, sino del miedo. Su racionalidad es instrumental para los fines del ordenamiento sólo en la medida en que lo es del lado de la represión. La angustia es la causa, la represión el efecto

---

<sup>28</sup> DELÉAGE, Jean Paul, *Historia de la ecología. Una ciencia del hombre y la naturaleza*, Icaria, Barcelona, 1993, p. 302.

<sup>29</sup> DELÉAGE, Jean Paul, *op. cit.*, p. 297.

<sup>30</sup> MOREY, Miguel, *Progresismo y medio ambiente en sistemas insulares*, Fundación César Manrique, Lanzarote, 1996.

de la racionalidad instrumental. Lo moderno es pues la negación de toda posibilidad de que la multitud pueda expresarse como subjetividad»<sup>31</sup>. Frente a esta construcción termidoriana de la historia y del racionalismo es imperativo construir los opuestos. «La primera oposición es la de la creatividad contra el límite y la medida». Múltiples formas de relaciones no regladas. «La segunda oposición ... es la del procedimiento-proceso contra el mecanismo deductivo del derecho sustancial y de la máquina constitucional». La verificación y readecuación de las normas y las leyes, de forma permanente, desde abajo hacia arriba, sometiendo lo jurídico a lo social y no la viceversa extraña en que vivimos hoy. «La tercera oposición es la de la igualdad contra el privilegio». Desde ésta es posible la construcción de la libertad. Ya decíamos antes que no existe la libertad en un mundo de desiguales. Pero no hablamos aquí de uniformidad sino de la multiplicidad de los individuos libres y creativos. «La quinta y última oposición es la de la cooperación contra el mando». Son las singularidades libres y autónomas las que crean la riqueza productiva y las relaciones de todo tipo en las sociedades humanas. El mando por el contrario aparece sólo como mecanismo de sustracción de la riqueza cooperativa. Como expropiación del valor socialmente generado por la multitud igual, diversa e irreplicable de los ciudadanos y de las ciudadanas.

---

<sup>31</sup> NEGRI, Antonio, *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*. Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1994, p. 395.

